

En las  
Tierras Altas

*En las Tierras Altas*

Originally published in English under the title:

*Heart in the Highlands*

© 2021 Heidi Kimball

Spanish translation © 2023 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Covenant, Inc.

ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any form or by any means without permission in writing from the publisher.

© de la traducción: Noelia Pousada Lobeira

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](http://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © Rebecca Stice/Trevillion Images

Primera edición: febrero de 2023

Depósito legal: M. XX.XXX-2023

ISBN: 978-84-19386-05-2

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

Heidi Kimball

En las  
Tierras Altas

Libros de  
*seda*



*A quienes todavía no hayáis encontrado vuestro final feliz.  
Llegará... De eso estoy segura.*



*«Dios, que en la creación hizo dos de uno,  
en el matrimonio hizo uno de dos».*

THOMAS ADAMS,  
*sermón XXII*





## Capítulo 1



EL IMPONENTE DUQUE de Edinbane estaba apoyado en la repisa de la gran chimenea, contemplando las llamas mortecinas.

—Tendrás que hacerlo, te guste o no.

Callum se puso tenso y alzó el rostro, decidido a no mostrar lo mucho que detestaba, e incluso aborrecía, aquella propuesta.

—¿Casarme con una completa desconocida? Lo dudo.

El duque permanecía inmóvil, como una estatua.

—Es mi deber como padre asegurarme de que te desposas con una mujer digna de ser duquesa, y el tuyo, obedecer.

Callum resopló. A duras penas podía llamar padre a ese hombre: siempre había sido, por encima de todo, el duque.

—Puede que mamá se someta a todas tus órdenes, pero yo no pienso hacerlo.

Su padre se volvió hacia él, dejando entrever la dureza que destilaban sus ojos grisáceos; aquellas eran las facciones impasibles que Callum había llegado a odiar. Su abundante cabello canoso era una prueba de dos matrimonios insatisfactorios, pues había tenido dos esposas estériles antes de casarse con la madre de Callum.

—No metas a tu madre en esto —respondió con voz gélida—. Estamos hablando de ti y de la boda que vas a tener que aceptar.

Callum se apoyó en la mesa para no perder el equilibrio. Una esposa elegida por su padre. Sabía que aquel momento llegaría, pero aun así no estaba preparado. Se sintió asqueado de sí mismo al recordar todas las ocasiones en las que se había doblegado a la voluntad

del dictatorial duque, en las que le había hecho creer que poseía el control absoluto de su vida.

Por supuesto, Callum trataba de desafiar a su padre con sutileza, con pequeños detalles que le daban cierta sensación de control. Sin embargo, por lo general, no le quedaba más remedio que obedecerle amargamente, y se aferraba a la esperanza de que, en cuanto su padre falleciese, tendría la libertad de vivir como quisiera.

Pero las consecuencias que acarrearía el matrimonio con una desconocida le perseguirían aun después de que su padre estuviera bajo tierra.

—¿Y si me niego? —espetó.

—Mi padre comprendía el significado del deber, el deber a Dios, al rey y al país. Se le otorgó este ducado, precisamente, porque cumplía con su deber, y ahora te toca hacer lo mismo. Ha llegado el momento de que te cases. Necesito... necesitas un heredero.

Aquel lapsus no le pasó desapercibido a Callum; se aferró al borde de la mesa con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. El duque, sin notar la turbación de la que era presa su hijo, prosiguió:

—Fui a la escuela con el conde de Hadleigh, el hombre más insigne de toda Inglaterra. Hemos ultimado todos los detalles de tu futura boda con su nieta, por la que, sinceramente, deberías estar agradecido. No muchos hombres estarían dispuestos a exiliar a una joven a este lugar dejado de la mano de Dios, pero, tal y como están las cosas, el conde no tardará en postrarse en su lecho de muerte, y su nieta necesita urgentemente un hogar y un esposo. *Lady* Katherine llegará tres días antes de las nupcias, por lo que tendréis tiempo de sobra para conoceros.

Callum exhaló acaloradamente.

—¿Debería estar agradecido de que decidas cada detalle de mi vida a tu antojo?

El silencio del duque era una clara muestra de su enojo, pero aquella frialdad no hizo sino irritar a Callum. Quería sacar de quicio a su padre, lograr que estallase.

—Y supongo que tú estuviste encantado con las decisiones que tomó tu padre por ti en su momento.

En las facciones del padre asomó un sentimiento nuevo.

—Cumplí con mi deber, como se esperaba de mí. Lo sabes perfectamente.

Callum se estaba acercando al meollo del asunto.

—No siempre. Fuiste tú quien eligió a mi madre —dijo. A su padre le latía con fuerza la vena del cuello—. Y, si me permites el comentario, no actuaste como se esperaba de un duque.

—¡Ya basta! —bramó el duque, avanzando hacia Callum fuera de sí, mientras agitaba ambos brazos. Se inclinó sobre la mesa y acercó el rostro al de su hijo—. No se hable más —espetó—. Doy por zanjados los preparativos de la boda, y también esta discusión.

El tono inflexible de su padre, carente de empatía, de consideración alguna por lo que él pudiera pensar o sentir, le llegó como un mazazo que hizo añicos sus esperanzas para el futuro. La familia que siempre había imaginado —una esposa que lo mirase con adoración y le hablase con voz suave, un puñado de hijos ruidosos y alegres, un hogar feliz, repleto de amor y dulzura— se desvaneció de su mente, y se quedó sin aliento por el dolor que le producía aquella pérdida. Durante un instante, la pena se apoderó de Callum y minó su autocontrol.

—Como tú digas —se rindió, con la cabeza gacha.

—Hemos terminado —respondió su padre entre dientes.

Víctima de una tremenda rabia, Callum, con un rápido movimiento, extendió el brazo y barrió los objetos que se hallaban en la mesa: todo, desde los folios y la vela apagada hasta el tintero de su padre, voló por la habitación con la fuerza de su mal genio escocés. Sin volver la vista hacia donde se encontraba el duque, abandonó la sala con paso decidido; sus pisadas resonaron en el recibidor de mármol de Castleton Manor. Abrió la pesada y antigua puerta de madera de par en par, haciéndola chocar contra la pared cuando atravesó al umbral. Se detuvo, se recostó contra uno de los grandes pilares que adornaban la fachada de la casa, respiró hondo y se cruzó de

brazos. Necesitaba tomar aire fresco y alejarse del hombre al que llamaba «padre», pese a que nunca hubiese hecho nada para merecer ese título.

Contempló las infinitas colinas verdes, envueltas en un manto de brezos purpúreos: el paisaje sobrecogedor de Escocia que se sumía en el crepúsculo, la tierra que un día sería de su propiedad. El cielo estaba teñido de tonalidades rosáceas y añiles y salpicado de nubes blancas. Aquella pacífica escena ofrecía un contraste tan agudo con su inquietud interior que no pudo seguir mirando. Bajó las escaleras de la terraza y avanzó a grandes zancadas por las losas que llevaban a la parte trasera de la casa y al horizonte en penumbra.

Por una vez en su vida, se lamentaba de no encontrarse en Edimburgo, una ciudad sucia y llena de hollín que, con sus calles atestadas y estrepitosos embarcaderos, concordaría mejor con su estado de ánimo. Cuánto le gustaría sentarse en cualquier cantina de mala muerte y beber *whisky* de las Tierras Altas. Podría beber hasta olvidar sus obligaciones.

Iracundo, caminó sobre la hierba, con la suave brisa alborotándole los cabellos; al alcanzar la falda de las colinas, se quitó el abrigo y lo dejó caer. El aroma de los brezos frescos embargaba la brisa vespertina, y por las colinas se extendía el familiar balido de las ovejas. Relajó levemente los hombros y aligeró la marcha, mientras la luna, al alzarse con parsimonia, brillaba con más fuerza a medida que el cielo se ensombrecía. Su luz se extendía por el paisaje, y el arroyo que había a la izquierda de Callum se convirtió en un oscilante hilo de plata.

Por mucho que tratase de aferrarse al enojo que sentía, este acabó diluyéndose y dejó en su lugar una sombría amargura. Amaba su tierra, amaba a su gente. Y odiaba que poseer aquello implicase subyugarse a su padre y a las codiciosas e incesantes obligaciones del título que un día sería suyo. Dejó escapar un largo suspiro.

¿Cómo iba a casarse con una desconocida, con una mujer de la que nada sabía? La sola ideal del matrimonio le inquietaba: anhelaba tener una esposa con la que formar una familia unida por el amor, una que fuera completamente diferente a la suya, pero, por otro

lado, le daba miedo, y tenía sus motivos. El duque era un esposo y un padre terrible. ¿Quién podía asegurarle que él no sería igual? He ahí la razón por la que siempre había eludido todo tipo de romances.

Siempre había imaginado que, en caso de contraer matrimonio algún día, sería mayor, y habría disfrutado de un dilatado período de cortejo; circunstancias, en suma, en las que se sentiría seguro de sí mismo y de su conducta.

Pero no ahora, y no con una mujer a la que desconocía.

Arrancó una rama y la arrojó al agua, que la llevó corriente abajo; por un momento, un remolino la detuvo, pero luego prosiguió con su camino. Callum paseó junto a la corriente, siguiendo el curso de la rama, pese a que sabía perfectamente dónde acabaría: en el lago que se ubicaba tras la curva de la colina. Alzó la vista y siguió el camino del río, consciente de que su propio destino era igual de ineludible: debía desposarse con una desconocida y pasar el resto de su vida junto a una persona a la que no había elegido.

Cuando bajó la mirada, temió haber perdido la rama, por lo que se acuclilló para observar mejor el río y se sorprendió al encontrarla atascada entre los juncos que había en los márgenes. Aunque la corriente había seguido su curso, la rama permanecía inmóvil. La contempló con fijeza, parada en los bordes musgosos del río, junto a las largas hierbas que rozaban el agua. Comprendió de súbito que no todas las ramas terminaban en el lago, sino que algunas lograban resistir, si se aferraban con la suficiente firmeza a los juncos y las plantas en los márgenes de la corriente. ¿Acaso no podía hacer él lo mismo? Tenía un mes de margen: si se empeñaba, seguro que conseguiría evadir el futuro que rápidamente se cernía sobre él. Quizá llegaría a demostrarle a su padre de una vez por todas que, en lo referente a su propia vida, no le iba a permitir tener la última palabra.



El estrecho salón era idóneo para pasearse, ¿y quién no necesitaría moverse un poco después de recibir una noticia tan desconcertante?

—¿Un escocés? ¿En serio?

Kate se volvió hacia su abuelo, con un frufú de sus faldas alrededor de los tobillos.

—Sí, Katherine, un escocés. Un escocés que algún día será duque. Pretendo cumplir con mi promesa y velar por tu futuro antes de morir —su tono era serio, pero los ojos, de un azul pálido, le brillaban, como si le divirtiese su reacción. Seguramente, así era.

—Pero ¿por qué he de casarme? ¿Por qué no puedo ser una respetable solterona?

No era su intención quejarse, pero su voz sonó lastimera. Con un suspiro, su abuelo entrelazó los dedos con los suyos y se los llevó al pecho.

—¿Por qué te haces la sorprendida? Sabías que llegaría este momento.

Algo le oprimía el corazón a Kate. Era cierto que lo sabía. Lo sabía desde hacía semanas, quizá incluso meses. Sin embargo, seguía sin sentirse preparada para afrontarlo. Se excusó, presa del pánico:

—Pero tiene que haber alguien más... —buscó la palabra correcta— conveniente. No es que jamás hubiera conocido a un escocés, pero había oído que eran un poco salvajes. No, quizás aquella no era la palabra adecuada: ¿incivilizados, tal vez? Pese a carecer de experiencia de primera mano con los escoceses, los rumores bastaban para inquietarla:

—Las Tierras Altas están tan lejos de Hertfordshire... ¿Por qué no me puedo casar con alguien más... inglés? ¿Con alguien que viva más cerca de ti?

Su abuelo soltó una risita y se pasó la mano por la cabeza calva.

—¿Con quién, querida? ¿Con el duque de Astonberry? Casi te triplica en edad. ¿O quizá con el conde de Glasten? Con tan solo treinta y cinco años, sufre unos ataques de gota tan graves que lo tienen que llevar de acá para allá en un palanquín, así que me temo que no hay mucho donde elegir. —Ladeó la cabeza y la miró con seriedad—. Tu prometido, el marqués de Rowand, tan solo tiene siete años más que tú y es bien parecido, o eso me han dicho.

O sea, que tenía veintiséis años. Kate hizo caso omiso a aquel dato.

Su abuelo esbozó una leve sonrisa:

—Además, siempre te han gustado las aventuras, y apuesto a que Escocia estará llena de ellas.

Kate se dejó caer en el sofá, junto a él.

—Pero... ¡tan pronto! ¡Solo queda un mes! Si ni siquiera tendré tiempo de empaquetar mis pinturas y lienzos... —Se rascó la frente mientras pensaba—. ¿Venden útiles de pintura tan al norte?

—A juzgar por lo rápido que terminas tus materiales, seguro que los venderán cuando te instales allí —dijo, sin rastro alguno de humor.

—¿Cómo puedes burlarte de mí en estas circunstancias? ¡Es terrible! —Lo miró con ojos suplicantes, con la esperanza de ablandarlo—. No me puedo creer que de verdad vayas a mandarme tan lejos.

Él negó con la cabeza. Kate observó que recuperaba una expresión más seria. Había memorizado cada una de las arrugas y las líneas de su rostro hacía tiempo. Se inclinó hacia él e inhaló la conocida fragancia de brandi y sándalo; la fragancia de su hogar. ¿Cómo iba a dejarlo? No podía imaginarse que alguna vez llegase a querer a otro hombre ni la mitad que a él.

Su abuelo puso una mano curtida sobre la suya y se la apretó con dulzura.

—Sabes que no te casaría con alguien que no te proteja y cuide como mereces, aunque espero —carraspeó— que entre vosotros llegue a haber algo más.

Se aclaró la garganta un par de veces antes de que la tos empeorase de verdad. Tomó el pañuelo del bolsillo y se cubrió la boca, mientras Kate lo sostenía por la espalda y trataba de ocultar la desazón que aquella situación le provocaba, pero se le encogió el cuerpo al escuchar la tos seca que parecía surgir de lo más hondo de sus pulmones. Una vez se hubo recompuesto, su abuelo se recostó contra el respaldo del sofá, exhausto. Parecía que el pañuelo, que trató de introducir

en el bolsillo discretamente, estuviera manchado de escarlata. ¿De verdad creía que ella no se había dado cuenta? Sentía que cada ataque de tos le robaba un pedacito más de su abuelo.

Cuando rompió el silencio, el hombre habló con voz raspada:

—No te he contado toda la verdad, querida. —La aflicción brillaba en sus ojos—. El médico dice que...

—¡Dice que te estás reponiendo! —contestó ella, con un nudo en el estómago, pero él negó con la cabeza.

—Sabes la verdad tan bien como yo. Como mucho, me quedan unos meses de vida, Katherine, y en poco tiempo no podré siquiera abandonar mi lecho.

Ella se llevó una mano a la boca, como si así pudiera escudarse de sus palabras.

—Pienso asegurar tu futuro mucho antes de que eso pase —continuó él—. Sabes que la herencia del condado y de sus bienes está restringida y que no podrás acceder a la dote hasta que te cases. No quiero que acabes a merced de la caridad de mi primo. Dios sabe que no es precisamente conocido por ella.

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Una vida sin su abuelo? Ni siquiera se lo podía imaginar, así que negó con la cabeza, aturdida.

—No llores, por favor —dijo él con voz dulce—. Espero que encuentres el amor, como me sucedió a mí con tu abuela. Ya sabes que el nuestro también fue un matrimonio de conveniencia.

Kate reprimió el llanto y soltó una bocanada de aire, con la cabeza reclinada en el hombro de su abuelo.

—Lo sé, pero hay muchos matrimonios de conveniencia que son desdichados.

—El procurador al que encargué ultimar los detalles del matrimonio me ha asegurado que cuidarán bien de ti y, además, que el marqués de Rowand es un buen hombre. Se preocupa por sus arrendatarios, y acompaña a su madre en sus paseos por el jardín cada tarde. —Una leve sonrisa le iluminó el rostro arrugado—. Es fácil quererte, Kate, y tienes tanto amor que dar... Estoy seguro de que, con un poco de tiempo y esfuerzo, seréis felices.



Sonaba muy convencido. Kate intentó consolarse con sus palabras. Además, después de que falleciese, ¿qué le quedaría a ella en esta vida? No tendría a nadie, y aquel pensamiento le atenazaba la garganta y le dificultaba respirar.

—¿No me puedo quedar contigo hasta que...?

No podía decirlo en voz alta.

—No, no permitiré que pases por eso —contestó con firmeza—. Además, el luto retrasaría la boda. Debes casarte antes de que yo pase a mejor vida.

Tuvo otro ataque de tos, tan largo que pareció que le crujían los huesos. Cuando se recompuso, a Kate le temblaban los labios por la fuerza con la que estaba reprimiendo las lágrimas.

Su abuelo se recompuso en el sofá y le rodeó los hombros con el brazo. Había adelgazado mucho en los últimos meses. Tanto, que ya no se podía aferrar a él como antes.

—Tendrás que partir a finales de agosto, por lo que dispones de tres semanas para prepararte. Ya he hablado con Helen: ha prometido acompañarte y permanecer contigo hasta que la puedas reemplazar por alguien del pueblo.

¿Su doncella? Por supuesto que la anciana era como una amiga para ella, pero Helen no podía conducirla al altar para pronunciar sus votos ante un completo desconocido, ni la haría sentirse un poco más en casa cuando fuese a cambiar una familia por otra.

—No te pido mucho, ¿no te parece? —prosiguió él. Se le había debilitado la voz—. Solo quiero lo mejor para ti.

¿Lo mejor para ella? ¿Cómo podía ser lo mejor para ella si sentía que el corazón se le iba a partir en dos al dejarlo para siempre? Se mordió la lengua antes de protestar. Su abuelo siempre había satisfecho todas sus necesidades, pero ahora le tocaba a ella cuidar de él. Era su deseo asegurar su futuro para morir en paz; lo mínimo que podía hacer por él era concedérselo. Seguro que sabía lo que hacía. Al fin y al cabo, la había criado desde la repentina muerte de sus padres, cuando ella tenía apenas cinco años.

—No, abuelo, no pides demasiado. Haré lo que me digas.  
Gracias por cuidar de mí, como siempre.

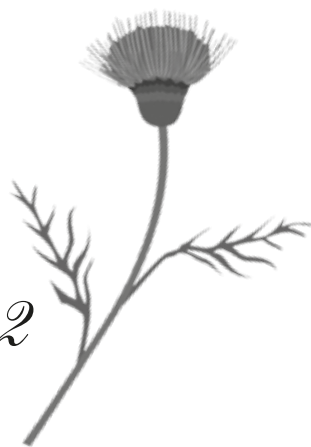
Él le dio unas palmaditas en la espalda.

—Muy bien —dijo con voz ronca—. Bueno, ¿te apetece un té?

Kate asintió y se alzó para tocar la campana, aunque no paraba de darle vueltas a la idea de tener que despedirse de su abuelo a cambio de un marido, quizá incluso un marido guapo.

Que todo aquello fuese a ocurrir al mismo tiempo le resultaba casi insoportable.

## Capítulo 2



FALTABAN SOLO TRES días para la boda, y no había ni rastro de lady Katherine.

Tampoco al día siguiente.

Ni el día antes de la boda.

Callum debería sentirse aliviado. Sin embargo, estaba realmente contrariado. ¿Cómo no iba a estarlo? Se había esforzado durante todo un mes y no había hallado la manera de evitar la boda, para la que faltaban unas pocas horas, y su futura esposa seguía siendo una desconocida para él. Tenía todo el derecho a estar malhumorado.

La casa estaba repleta de invitados y de regalos de boda, y estaba harto de tener que charlar con todo el mundo y disculpar la ausencia de una mujer a la que ni tan siquiera conocía. Seguramente, la lluvia torrencial le había impedido llegar hasta allí. La única otra explicación que se le ocurría era que, al carecer de control familiar, aquella mujer hubiese cambiado de parecer y ahora estuviese de camino a Brighton, Bath o a donde fuera que escapasen los ingleses adinerados últimamente. ¿Tendría tanta suerte?

Probablemente no.

Se palmeó rítmicamente la pierna mientras miraba por la ventana de la biblioteca hacia la fuerte lluvia que caía sobre cualquier superficie al descubierto. La tierra ya se había colmado de agua hacía tiempo y se había convertido en una zona cenagosa. Parte de las áreas más profundas habían comenzado a inundarse, y Callum había alertado a varios granjeros de que subiesen el ganado a las tierras

altas del ducado, de ser necesario. No le había llegado respuesta alguna, aunque, a decir verdad, no le sorprendía. Aquellos hombres debían de estar haciendo todo lo posible por proteger sus cultivos y animales.

Harkness llamó a la puerta y entró en la habitación con una leve reverencia.

—Milord, hemos recibido un aviso. Hay una fisura en la presa cercana a las tierras de los Stewart, y todo el ganado está en peligro.

Callum se puso tenso. ¡La presa! Su tío debía de estar ahí metido, arriesgando la vida sin pensar siquiera en su propia seguridad.

—Manda a Rory a ensillar mi caballo de inmediato, y que Benson me traiga el abrigo, las botas y el gorro.

Cuando, pocos minutos después, se apresuraba a bajar las escaleras, a punto estuvo de no percibir la presencia de su padre en el rellano, que le agarró por el hombro.

—Te prohíbo que te marches. Tenemos invitados.

—Seguro que te las arreglarás sin mí —dijo Callum, librándose del agarre de su padre. Si no partía inmediatamente, se volvería loco—. Son tus amigos, no los míos.

Al duque se le ensombreció el rostro.

—No es seguro, y no pienso permitir que arriesgues tu vida. Eres el hijo de un duque, no el mocoso de un arrendatario cualquiera —dijo, agitando una mano de forma despectiva.

Aquello lo encolerizó, porque Callum sí era el nieto de un arrendatario, por parte de madre; una realidad que su padre siempre trataba de ignorar. Apretó los puños. ¿No le parecía suficiente escoger a la mujer con la que su hijo debía casarse? ¿Tenía que decidirlo absolutamente todo sobre su vida? Aunque, en realidad, no importaba lo que dijera: él estaba decidido a irse, y su padre se lo pensaría dos veces antes de montar una escena en presencia de los invitados. Se calmó y, en vez de despotricar, se inclinó levemente:

—Cuánto aprecio que se preocupe por mí, su excelencia.

Luego, se dio la vuelta y se marchó por la puerta principal.

Su padre balbuceó algo a sus espaldas, pero incluso las protestas de un duque se perdían en el sonido atronador de la lluvia.

Pese a haberse vestido conforme al tiempo, Callum se caló de inmediato. Condujo con urgencia a su caballo, *Bayard*, a la parcela de los Stewart, sin abandonar el camino principal en lugar de atravesar los campos, que era una ruta más rápida, pero también traicionera. El camino estaba muy embarrado, pero se había erigido a propósito en las zonas más altas para que, precisamente, no se viese tan afectado en temporales como aquel.

Callum tardó media hora en una ruta que, normalmente, le hubiera llevado diez minutos. Apenas era capaz de vislumbrar la casita tras la cortina de lluvia. Su prima, Olivia, salió a recibirlo: tenía el vestido y el mandil mojados, y la larga trenza estaba empapada. Callum desmontó del caballo y le entregó las riendas.

—¡Papá está por allí! —chilló ella para hacerse oír por encima de la tormenta, indicándole el camino—. Yo me quedo con tu caballo.

Asintió rápidamente y se dirigió hacia el lugar que señalaba, por detrás de la casa. Le costaba avanzar por el suelo desigual y resbaladizo. La lluvia, que caía con fuerza, le ensombrecía el campo de visión y se dejó guiar por los gritos:

—Pero... ¡papá!

—¡Deja esa! ¡Es peligroso!

Callum alcanzó la cima del terreno y, pocos segundos después, lo vio todo: su tío, Blair Stewart, metido hasta la cintura en la corriente desbocada, trataba de alcanzar la oveja Shetland que se encontraba en el otro extremo, y el pequeño Ewan, su obstinado hijo, luchaba por rebelarse contra el curso del agua para llegar hasta uno de los corderos más pequeños. Callum avanzó rápidamente hasta la corriente en pocas zancadas.

—¡Haz caso a tu padre! —lo avisó, mientras sacaba al joven del agua—. Yo me encargo. Tú vete a ayudar a tu hermana a cuidar de mi caballo.

Ewan acababa de cumplir los once años y, aunque le temblaban los hombros como una hoja contra el viento otoñal, trabajaba como un hombre adulto. Se plantó con firmeza.

—Estas ovejas son nuestro sustento. Quiero ayudar.

Aquel espíritu, aquella determinación, era precisamente el motivo por el que Callum amaba su tierra y a su gente. Sin importar lo difícil que fuese la vida, lo daban todo por seguir adelante.

—Quédate aquí y cuida de las ovejas que vayamos trayendo a la orilla —a Callum le salió el acento escocés—. Tu padre y yo nos las veremos con la corriente.

Ewan asintió con ímpetu.

—De acuerdo.

Los collies ladraban al otro lado de la corriente imparable e intentaban con todas sus fuerzas rodear a las aterrorizadas ovejas. Callum se metió en el agua helada, que atravesó su ropa en cuestión de segundos, y llegó a la otra orilla, donde Blair sostenía una pesada hembra.

—Yo las llevo al otro lado. Tú tráelas hasta aquí —propuso Callum—, pero ten cuidado con el agua. Si sigue subiendo, tendremos que dejarlas e irnos a una zona más alta.

Abrió los brazos, a la espera, hasta que Blair, que fruncía los labios con acritud, asintió y le pasó a la hembra. Después ascendió por la colina embarrada y se dispuso a reunir a las ovejas. A Callum le dolían las articulaciones por el peso de la hembra, pero dio gracias al cielo porque las ovejas Shetland fuesen más pequeñas que las de muchas otras razas. Desgraciadamente, también eran más costosas de reemplazar. Trató de calcular mentalmente cuántas conseguirían salvar antes de que el agua subiese demasiado. Gruñó mientras la oveja se debatía en sus brazos, asustada por la virulencia de la corriente. La lana empapada aumentaba considerablemente su peso, por lo que tuvo que usar todas sus fuerzas para llegar al otro lado y entregársela a Ewan.

Así trabajaron ajetreadamente contrarreloj. Callum estaba tan aturdido por el agua que apenas distinguía la dirección que debía seguir, pero, de todos modos, siguió llevando ovejas al otro lado lo más rápido posible. El río le llegaba ahora a la altura del pecho. Tras recoger otra hembra extraviada y meterse en el agua hasta los

tobillos, listo para volver a cruzar la corriente, le sorprendió un chasquido. Se volvió y cruzó la mirada con Blair.

—¡La presa! —vociferó—. ¡Ven ahora mismo!

Blair miró con pavor a la mitad del ganado que todavía quedaba por rescatar.

—¡Solo unas pocas más!

—¡Ni hablar! —respondió Callum, negando con la cabeza—. ¡Nos vamos ya!

En cualquier momento podía alcanzarles la corriente y llevarse todo a su paso. Y Callum no tenía pensado dejar que el agua los arrastrase a ellos también.



Tres horas después, Callum se hallaba sentado junto a la chimenea en casa de su tío, con los hombros doloridos de cargar con las ovejas y las manos y los pies entumecidos por el agua congelada. Le dolían ligeramente los pulmones y todavía tiritaba por toda el agua que había tragado. Olivia, mientras tanto, echaba más leña al fuego, y Ewan descansaba cerca de la chimenea, dormido y con el pelo pegado a la frente. Callum sabía que su aspecto no debía ser mucho mejor. Se enderezó en el asiento y asió con fuerza su jarra de cerveza. No era muy fuerte, pero al menos estaba caliente.

—¿Podemos ofrecerte algo más? Después de todo lo que has hecho por nosotros... —preguntó la tía Aileen, limpiándose las manos con el mandil.

—Pues sí, hay una cosa más. ¿Me atas el pañuelo del cuello? —Callum alzó el pañuelo de lino con una sonrisa—. No puedo llegar a la cena así de desaliñado.

Le guiñó el ojo, en un intento de borrar la preocupación de su rostro, pero la sonrisa de Aileen desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero es que cada vez que lo pienso... —Alzó el mandil para cubrirse la boca y reprimir las lágrimas.

—Me has salvado la vida —comentó Blair, con la voz todavía ronca—. Te lo recompensaremos de algún modo.

Tenía la cara llena de barro y la fatiga se reflejaba en sus ojos y en sus palabras, lo cual no era sorprendente, teniendo en cuenta que había estado a punto de ahogarse y que había perdido la mitad del ganado. Aquel tipo de desgracias podían hacer que un hombre tirase la toalla definitivamente.

Pero Callum no lo iba a permitir. Blair había sido más un padre para él que el duque de Edinbane. Había sido en compañía de su tío como aprendió a amar y respetar la herencia que un día sería suya, y a valorar el trabajo de cada día. Se miró los callos de los dedos, una nimiedad en comparación con los del hombre que se sentaba junto a él. Toda la existencia de Blair, desde las arrugas del cuerpo hasta la granja rudimentaria en la que se calentaban, evidenciaba una vida dedicada al trabajo duro.

Aun así, aquel hogar poseía algo de lo que Castleton Manor, pese a toda su grandeza, carecía. Aileen puso la mano en el hombro de su marido y Blair se la tomó; un silencioso gesto de consuelo. Tras años de convivencia, habían desarrollado su propio sistema de comunicación, en el que sobraban las palabras.

A Callum se le encogió el corazón al presenciarlo, y depositó la jarra en la mesa con brusquedad.

—Será mejor que me vaya.

Blair se puso en pie.

—Ah, sí. Tu novia llegará en cualquier momento, ¿no?

Le dedicó una sonrisa dolorida.

—Sí, y a mi padre no le gustará que no esté presente cuando llegue, si es que el temporal no ha destrozado el camino también.

—Serás más feliz cuando te cases y tengas algunos críos, ya verás —comentó su tío mirando a Ewan, que dormía—. Como dice la Biblia, no es bueno que un hombre esté solo.

Era cierto que la Biblia decía aquello, pero lo último que quería Callum era casarse. Se sentía como un condenado a muerte, de camino al patíbulo. Con cada minuto que pasaba, notaba una soga



cada vez más apretada en torno a su cuello, que le impedía respirar. Se estaba quedando sin tiempo; su futuro pendía de un hilo que rompería en cualquier momento. Tensó la mandíbula e intentó controlarse. Tras calzarse las botas, se dirigió a la puerta, mientras se preguntaba si su novia llegaría a tiempo para la boda.



Kate se iba a perder su propia boda.

Eso sería si aguardaba a que arreglasen el eje del carruaje, claro. Pero no estaba de humor para quedarse a esperar a que ella y Helen pudieran reanudar el viaje en carruaje por el barro incesante, sabedora de que acabaría en un nuevo fracaso. Ya llevaban dos días de retraso, pero Kate tenía pensado conocer al hombre con el que se iba a casar antes de llegar al altar.

Fue eso lo que la impulsó a acercarse a uno de los mozos de cuadra que trabajaban en la pequeña posada en la que habían pasado la noche.

—¿Hay algún caballo que pueda llevarme hasta Castleton Manor? ¿A qué distancia dijeron que estaba? ¿A unos ocho kilómetros? El chico asintió.

—No tenemos ninguna montura digna de usted, pero podemos ofrecerle un viejo caballo de tiro que camina a buen ritmo.

Era o eso o esperar a que arreglasen el eje.

—Me parece bien —dijo con un asentimiento de cabeza, echando mano de todo el coraje que le quedaba. Por lo menos, la lluvia se había transformado en llovizna, aunque, en realidad, eso tenía poca importancia cuando una ya estaba calada hasta los huesos. Sus botines chapotearon con cada paso que dio en dirección a su sirvienta, quien la esperaba con expresión desdichada.

—Vuelve adentro y entra en calor, Helen. Puedes venir con el equipaje cuando reparen el eje, pero yo seguiré el camino a caballo.

—¿Seguirá usted sola?

El horror que destilaba su voz resultaba casi irrisorio.

—No estaré sola —respondió Kate estoicamente—. Como acabo de decir, iré a caballo.

—Pero, *lady* Katherine, no puede llegar usted sin escolta. Así no se hacen las cosas.

A Kate se le ocurrió pensar que habría muchas cosas que no se debían hacer en Inglaterra, pero que no quedaría más remedio que hacerlas en las Tierras Altas, aunque se abstuvo de decirlo en voz alta.

—Si te quedas más tranquila, seguro que este joven me puede acompañar.

Por la sonrisita furtiva del chico, parecía que estaría dispuesto a acompañarla a cambio de uno o dos chelines.

—¿Lo ves?

Helen, que no estaba del todo convencida, enarcó levemente las cejas, pero la verdad era que Kate no tenía otra opción. Después de que Helen se hubiese instalado en la posada, el mozo de cuadra, que, como Kate no tardaría en descubrir, se llamaba Jack, la ayudó a subir a su triste montura. Quizá se había pasado de generoso al llamarlo «viejo caballo de tiro», teniendo en cuenta la crin canosa y quebradiza de la pobre criatura, y todas las costillas que se le marcaban en la deslucida piel marrón. Probablemente, Kate caminaba más rápido que el caballo, pero se montó de todos modos, por respeto. Jack se dispuso a guiar el caballo y a charlar animadamente con ella, pero estaba demasiado preocupada por todo lo que dejaba atrás y por lo que la esperaba como para prestarle atención.

Cuando por fin se despejó la niebla y comenzó a escampar, Kate pudo apreciar el lugar en el que se encontraba. La visión era tan espectacular que la dejó sin aliento: el cielo seguía teñido de un tenue gris, y las altas hierbas conformaban un mar de verdes, pero fue el majestuoso color púrpura que envolvía las colinas lo que le hizo desear tomar el pincel y tratar de recrear el paisaje que se extendía ante ella.

Respiró hondo, embriagándose del olor de Escocia, del aroma ligeramente floral de los brezos y de la suave brisa que portaba consigo la fragancia de la tierra henchida de lluvia.

Tal vez... tal vez llegaría a amar Escocia, pero se obligó a desviar la atención de aquella belleza. Debía ser sensata. Escocia podía esperar, pero su boda, no. Si de verdad iba a casarse con el marqués de Rowand al día siguiente, debía conocerlo lo mejor posible durante el tiempo que le quedaba.

Miró a Jack y se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Qué sabes del duque de Edinbane?

Decidió empezar preguntando por el padre de su prometido; esperaba que el chico captase el mensaje para no tener que preguntar directamente por su futuro esposo. Él carraspeó por lo bajo.

—Hay que tener cuidado con él. Todos nos ponemos alerta cuando anda cerca.

Dijo algo más, pero Kate fue incapaz de comprenderlo por su fuerte acento.

—Es imposible de complacer —aclaró entonces.

Kate apretó las riendas con más fuerza. ¿Dónde se había metido? Sopesó la idea de dar media vuelta y regresar junto a su abuelo, pero no: no podía ponerse en lo peor. Lo más probable era que el tal Jack estuviese exagerando, ya que un duque adinerado y poderoso podía intimidar a cualquiera.

El chico, que seguía guiando al caballo por el camino, se volvió para mirarla:

—Una vez, estuvo a punto de... ¡Ay! —dijo, antes de caer y rodar por el pequeño terraplén.

Kate se agarró las faldas, se apeó del caballo lo más rápido posible y, con cuidado, llegó hasta donde había caído.

—Jack, ¿te encuentras bien?

Se arrodilló y le puso la mano en el hombro, mientras a él se le contorsionaba el rostro por el dolor.

—Sí... —masculló, tratando de reprimir las lágrimas—. Maldito barro. Me he torcido el tobillo.

Después de todo lo sucedido, Kate no entendía por qué había creído que podría recorrer sin problemas el último tramo del trayecto. Suspiró y, decidida, le devolvió la mirada.

—No estás en condiciones de caminar. Deja que te ayude a ponerte de pie. Me parece que vas a tener que ser tú quien vaya montado.

Lo ayudó a levantarse y a subir al caballo torpemente, mientras él gruñía por el esfuerzo y siseaba por el dolor. Una vez se hubo acomodado, cerró los ojos. El pobre chico estaba pálido. Kate se miró el vestido mientras él se reponía, y descubrió que, además de estar empapada, ahora lucía dos grandes manchas de barro a la altura de las rodillas. ¡Menuda pinta! Jamás hubiera imaginado que conocería a su prometido en aquellas condiciones, pero no había nada que hacer.

—¿Y ahora por dónde debemos seguir? ¿Cuánto queda para llegar a Castleton Manor?

Jack le indicó el camino.

—Quedarán unos tres kilómetros, como mucho, pero podríamos parar en la granja de los Stewart, a poco menos de un kilómetro. Nos queda de camino, y nos darán un caballo para usted.

Como le parecía imposible trastabillar otros tres kilómetros con la ropa mojada y las botas inundadas de agua sin torcerse también ella un tobillo, no protestó, y siguieron caminando con lentitud con el viejo caballo de tiro, que tampoco parecía tener prisa. Kate caminaba con precaución por la pendiente de la colina cuando divisó una casita a lo lejos, de cuya chimenea escapaban volutas de humo hacia el cielo plomizo.

—Ahí está —comentó Jack. Negó con la cabeza—: Ewan se va a burlar de mí cuando la vea a usted guiando mi caballo.

Ella se rio.

—Seguro que sobrellevas la ofensa con dignidad.

Jack masculló algo por lo bajo, mientras Kate conducía al caballo hasta la pequeña valla que cercaba la casa.

—No tardaré mucho.

Justo antes de llamar a la puerta, esta se abrió de par en par. Kate tuvo que echarse atrás: un hombre alto y corpulento llenaba el marco. Sus facciones sorprendidas eran un reflejo de las de Kate. Salió

de la penumbra de la casa para sumergirse en la luz mortecina del día, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Es usted el señor Stewart? —preguntó ella.

—No —alargó la vocal, casi como si pronunciara una pregunta.

A primera vista, estaba manchado de barro y desaliñado. Tenía la camisa, que una vez debió de ser blanca, pegada al pecho, pero la ropa mojada le resaltaba los hombros anchos y los brazos musculosos. Parecía un labriego. Sin embargo, no tardó en fijarse en los rizos castaños de su cabello húmedo y sus ojos gris oscuro, un color difícil de reproducir, si intentase pintarlos. Poseía un áspero atractivo... y seguramente se estaría preguntando qué demonios le pasaba a ella, que se había quedado ahí, parada ante él sin un motivo aparente.

Parpadeó para tratar de aclarar sus ideas.

—Disculpe, es que necesito ayuda. —Señaló a Jack, que estaba sobre el caballo—. Íbamos de camino a Castleton Manor y...

El hombre le clavó la mirada.

—¿Es usted *lady* Katherine?

Ella abrió los ojos de par en par.

—Lo soy.

Lo más seguro era que la mayoría de los vecinos estuviese al tanto de su inminente llegada, pero nadie debería reconocerla a primera vista, en especial cuando estaba tan desaliñada.

El hombre, que parecía profundamente concentrado, se tensó y la escudriñó con tal descaro que Kate empezó a enrojecer.

—*Lady* Katherine —dijo al fin, tras aclararse la garganta, y se inclinó—. Le ruego que me disculpe. —Su leve acento escocés la embriagó por completo—. No esperaba conocerla en tales circunstancias —prosiguió, enderezándose—. Soy Callum Darrington, el marqués de Rowand y, si no me equivoco, su prometido.

Se quedó boquiabierta hasta que recordó que debía alzar ligeramente las faldas del vestido y dedicarle una reverencia.

Así que aquel era el hombre con el que se iba a casar.